

columnas salidas en pie y en el centro de las
las vidrios blancos azules y el azul de los
-nos otros se y otros en el centro
oit los azules y otros en el centro

CAPITULO IV.

.....Por sus miembros todos
que abandona la vida, un sudor frio
vaga , y triste temblor.

‘QUINTANA’

Era la una de la noche y todo yacia en
silencio y reposo en la aldea de Cubitas:
los labriegos de la tierra roja descansaban
durmiendo de los trabajos del dia, y sola-
mente algunos perros, únicos transeuntes
de las desiertas calles, interrumpian por
intervalos con sus ladridos el silencio de
aquella hora de calma. Sin embargo, el

viagero que por acaso atravesase entonces la aldea notaria en aquella oscuridad y reposo general la señal evidente de que un individuo, por lo menos, no gozaba las dulzuras del sueño. La ventana principal de una de las casuchas de menos misera apariencia, estaba abierta, y la claridad que salía por ella probaba haber luz en la habitación á que pertenecía. De rato en rato esta luz parecía mudar de asiento y el observador hubiera fácilmente adivinado que una persona despierta, en aquella pieza, variaba la posición. Sin embargo el silencio era tan profundo dentro de la casa alumbrada como fuera de ella, sin que pudiera percibirse ni el ligero rumor de las pisadas.

Nosotros nos permitiríamos penetrar dentro y descubrir quienes eran las personas que velaban solas, en aquella hora de reposo general.

En un pequeño catre de lienzo, entre sábanas gruesas pero muy limpias, aparecía la cara enjuta y cadavérica de una criatura, al parecer de pocos años, pues el bul-

to de su cuerpo apenas se distinguía en el catre. La inmovilidad de aquel cuerpo era tan completa que se le hubiera creído muerto, á no ser por el aliento que se le oía exalar con trabajo por sus labios blancos y entreabiertos. Junto al lecho, sentada en una silla de madera, estaba una muger anciana de color cobrizo, fijos sus ojos en la lívida cara del enfermo, y cruzados los brazos sobre el pecho con muestras de triste resignación. Un perro estaba echado á sus pies.

De rato en rato levantábase esta muger y con pasos ligeros se acercaba á una mesilla de cedro colocada cerca de la ventana, abierta sin duda para refrescar la habitación en la cual por su pequeñez hacía un calor escesivo, y tomaba de ella un vaso y una palmatoria de metal en la que ardía una vela de sebo: volvíase en seguida poco á poco junto al lecho del enfermo, colocando la luz en la silla que había ocupado, examinaba atentamente su rostro y humedecía sus labios con el licor contenido en el vaso. El perro la se-

—guia cada vez que se levantaba para esta operacion, y cuando colocaba otra vez en la mesilla palmatoria y en el vaso, y volvía á sentarse en su silla junto á la cama, el animal borbaba tambien á echarse tranquilamente á sus pies, sin que en todo esto se interrumpiese el silencio. Sin embargo, sobre las dos de la madrugada se abrió con cautela una puerta por medio de la cual se comunicaba con la habitación con la sala principal de la casa, y un hombre de edad avanzada —entró por ella en pantillas hasta colocarse junto á la vieja, á cuyo oído aproximó su boca diciéndole en voz muy baja: —¿Cómo va el enfermo, Martina? — Ya lo veis, respondió esta señalando con su mano hinchada el rostro del niño: — no verá el día, aunque son ya las dos de la madrugada. — ¿Cómo! tan pronto creis que... — Sí, dijo Martina moviendo tristemente la cabeza: — Sí, mayoral, muy pronto. — Pues bien, repuso el recién llegado: — id á descansar un rato, Martina, y yo quedare velándole. — Hace cuatro noches que no cerrais los

ojos: ¡id á descansar y yo quedaré en vuestro lugar.

—Gracias, mayoral, vos no podeis pasar malas noches, porque teneis harto trabajo durante el día, y don Carlos de Barros ha puesto aquí para atender á sus intereses, y no para cuidar mis enfermos. Volvedos á vuestra cama y dejadme, ¿que importa una noche mas sin descanso? Mañana, añadió con triste sonrisa, mañana ya no tendrá necesidad de mi el pobre Luis, y ya podré descansar.

—Haré lo que querais, Martina, respondió el mayoral de la estancia encogiéndose de hombros, pero ya sabéis que estoy en la habitación inmediata para si algo se os ofrece.

—Os doy las gracias, mayoral.

El anciano se volvía de puntillas, cuando al pasar la puerta detúvose, y puso atención al galope de un caballo que se oía distintamente en el silencio de la noche. El perro se alarmó tambien, pues se levantó derechos las orejas y el oido atento.

—¿Ois Martina? dijo en voz baja el mayoral.

Y bien! ¿qué os asusta? es alguno que pasa á caballo, respondió la vieja.

Es que no pasa: que ó yo me engaño mucho ó el caballo se ha detenido delante de nuestra puerta.

En acabando estas palabras dos golpes sonaron sucesivamente en la puerta principal de la sala contigua al cuarto de Martina. El perro empezó á ladrar, y el mayoral exclamó. Es aquí, es aquí, no lo decía yo? ¿pero á estas horas quien puede venir á molestarnos? A menos que no sea algun enviado del amo, y para que venga á estas horas preciso es que haya acontecido alguna cosa bien extraordinaria... Id, á abrir la puerta, le interrumpió Martina, he conocido á Sab en los dos golpes... oid, oid!... ya los repite: Es Sab, mayoral, corred y abridle la puerta. Leal! silencio que es Sab.

El mayoral obedeció, y sea que el ruido de los cerrojos que descorria para dejar libre la entrada, y los ladridos del perro asustasen al enfermo, sea que en aquel momento su agonía comenzase á hacerse

mas dolorosa, se estremeció todo y estendió sus bracitos descarnados. Sab se presentó en la habitacion y detúvose inmovil delante del lecho del moribundo.—Hijo mio, le dijo Martina, ya lo ves... acércate, el cielo te ha traído sin duda para recordarme que aun tengo un hijo. Tú solo quedarás en el mundo para consolar los últimos dias de esta pobre *mujer*.

Sab se puso de rodillas junto á la cama y besó la mano de Martina, mientras el perro saltaba en torno suyo acariciándole, y Luis hacia penosos esfuerzos para levantar la cabeza.

Mírale hijo mio, dijo Martina, tu presencia le ha reanimado; háblale, sin duda te oye todavia. Sab se inclinó hácia el moribundo y le llamó por su nombre: Luis entreabrió los ojos aunque sin dirigirlos á Sab, y alargó sus manecitas transparentes como para asir alguna cosa. Las tomó Sab entre las suyas, é inclinando el rostro sobre el del niño dejó caer sobre él una gruesa y ardiente lágrima.

¿Me conoces? le dijo, soy yo, tu hermano.

Luis dirigió su mirada vidriada hácia el parage de que partia la voz, y apretó débilmente las manos de Sab; en seguida volvió el rostro al lado opuesto y quedóse en su primera inmovilidad, solamente que su respiracion se hizo mas trabajosa formando aquel sonido gutural y seco, que es el estertor de la agonía.

Es preciso que descanseis, madre mia. dijo Sab á Martina, vuestro semblante me dice que habeis pasado muchas noches de vigilia.

¡Cuatro! exclamó el mayoral de la estancia, cuatro noches hace que no cierra los ojos, y no por que yo haya dejado de decirla...

El mulato interrumpió al anciano, y tomando la mano de Martina,—esta noche descansareis, la dijo, porque yo estoy aqui, yo velaré á mi hermano.—Si, y tu recibirás su último aliento, respondió la india con amarga resignacion, por que Luis no vivirá dos horas. ¡Bien! ¡Bien! añadió poniéndose en pie ó inclinándose sobre la cama del niño. Yo le dejo, porque ya... ya no puedo servirle de nada al infeliz.—Os en-

:

gañais madre mia, díjola el mulato, mientras ayudado del mayoral disponia una cama para Martina, Luis no está tan malo como creéis, aun me conoce. Sab, hijo mio, yo te dejo á su lado y me retiro tranquila; pero no quieras alucinarme: harto sé que está agonizando. Pero por eso mismo le dejo... he visto ya en igual trance á mi hijo, á mi nuera, y á dos de mis nietos, y he recibido sus últimos suspiros, pero con todo me siento débil junto á esa pobre criatura. Es el último, Sab, es mi último pariente, el último lazo que me une á la vida, y me siento débil en este momento.— Sab tomó la mano de la vieja y la apretó entra las suyas. Martina dejó caer la cabeza sobre su hombro y añadió con voz enternecida.— Soy injusta lo conozco! aun tengo un hijo: ¡Tu! tu me restas aun. ¡Eh! no es ahora tiempo de llorar, y hacernos llorar á todos, dijo el mayoral de la estancia acabando de arreglar la cama para Martina.— Venid á acostaros y dejaos ahora de esas reflexiones: mañana hablareis largamente con Sab, y le direis todas esas cosas: lo

que importa al presente es que durmais un rato.

Martina se inclinó y estampó un beso en la frente ya helada de su nieto, dejándose conducir en seguida por Sab á la cama que se le habia preparado. El joven la colocó cuidadosamente y la cubrió el mismo con una manta. Luego se volvió al mayoral de la estancia y le dijo con voz que revelaba su agitación. —Mañana temprano necesito un hombre de confianza, para llevar una carta á Puerto-Príncipe á casa de mis amos, y os encargo procurármelo.

—Yo mismo iré si lo permitis, respondió el anciano. Pero decidme, Sab, ocurre alguna novedad en la ciudad? Vuestra venida á estas horas y esa carta...

Sab no le dejó concluir.—Ninguna novedad ocurre que pueda importaros, mayoral: mañana á las seis saldreis á llevar una carta á la señorita Teresa sobrina de mi amo y á ponerlos á las órdenes de este, al que direis el motivo de mi detencion en Cuitas. Va á emprender un viage y acaso necesite un hombre de confianza que le acom-

pañe. Yo debía ser ese hombre pero vos ireis en mi lugar.

Oh! yo os aseguro, Sab, que aunque viejo soy tan capaz como vos...

Lo creo, interrumpió el mulato con alguna impaciencia. Ahora, mayoral, idos á dormir: buenas noches. Dadme solamente un pedazo de papel y un tintero. Hasta mañana.

El viejo obedeció: habia en el acento de aquel mulato un no sé qué de autoridad y grandeza que siempre le habia subyugado.

Cuando Sab quedó solo, se puso de rodillas junto al lecho de Martina, que incorporándose sobre su almohada y fijándole una mirada penetrante, y profundamente triste, le dijo.—Conmigo, Sab, no tendrás reserva: yo exijo que me digas el motivo de tu venida y el de ese viaje que dices debe emprender D. Carlos.

El jóven abrazó las rodillas de Martina inclinando la cabeza sobre ellas en silencio. Sab! exclamó la anciana bajando la suya sobre aquella cabeza querida y oprimiéndola entre sus manos: tu cabeza ar-

de.... el sudor cubre tu frente.... tu tienes calentura, hijo mio.

Tranquilizaos, la dijo esforzándose á sonreir: es la agitacion del viaje: estoy bueno, procurad descansar... mañana lo sabreis todo, madre mia.

No, no, gritó Martina con ansiedad: déjame cojer esa luz y alumbrar tu rostro.... Dios mio! que mudanza!... tus ojos estan hundidos y brillan con el fuego de la fiebre. ¡Hijo mio! hijo mio! que tienes?

Y se puso de rodillas delante de él. ¡Por compasion! exclamó el mulato= levantándola con una especie de furor, callad, callad Martina... tranquilizaos si no quereis verme morir de dolor á vuestros pies.

Martina se dejó llevar otra vez al lecho y se esforzó la pobre muger en parecer tranquila.—Siéntate aquí, á mi cabecera, hijo mio: yo no te importunaré mas: callaré como el sepulcro.....: pero ven, hijo mio, que yo te oiga, que oiga tu voz, que vea tus facciones, que sienta

letir tu corazon junto al mio. Oh Sab! piensa que ya nada me queda en el mundo sino tu... que eres mi único hijo, el único apoyo de esta larga y destrozada existencia.

Sab la abrazo estrechamente y regó su frente con dos gruesas y ardientes lagrimas. Si, madre mia, la dijo, descansad sobre mi pecho: mi voz arrullará vuestro sueño. Yo os hablaré de Dios, y de los ángeles entre los cuales va á habitar nuestro querido Luis. Yo os hablaré del eterno descanso de los desgraciados y de las consoladoras promesas del evangelio. Descansad en mis brazos: ¿estais bien asi?

Martina agobiada de fatigas y de penas dejóse colocar por Sab y pareció sucumbir á aquella especie de letargo que sigue á las grandes agitaciones. Habla, repetia ella, habla hijo mio, yo te escucho. Sab solo murmuraba algunas palabras inconexas: en aquel momento tambien el infeliz sufría horriblemente. Pero Martina descansando en su pecho se sentia mas tranquila y se durmió por fin cuando Sab comenzaba á hablarle

de la resurreccion de los justos. Sintiéndola dormida Sab colocó suavemente su cabeza sobre la almohada: imprimió un largo y silencioso beso en su frente y cayó de rodillas delante de la mesa en la que el mayoral le habia dejado el papel y el tintero.

Entonces aquel humilde recinto presentó un cuadro dramático. Entre el sueño de la vejez, y la tranquila muerte de la inocencia, aquella vida juvenil despedazada por los dolores era un espectáculo terrible. Al lado de Luis, fragil criatura que se doblaba sin resistencia, débil caña que cedía sin ruido, echábase de ver aquella fuerza caída, aquel hombre lleno de vigor sucumbiendo como la encina á las tempestades del cielo.

Parecia que su alma á medida que abandonaba su cuerpo se trasladaba toda á su semblante. ¡Ay! aquella terrible agonia no tuvo mas testigos que el sueño y la muerte! Nadie pudo ver aquella alma apasionada que se revelaba en su hora suprema.

Pero Sab escribia y aquella carta fué todo lo que quedó de él.

Pasó desconocido el martir sublime del amor, pero aquella carta le sobrevivió y le conquistó el solo premio que sin esperar lo deseaba: ¡una lagrima de Carlota!

Sab escribia con mano mal segura y que fué poniéndose mas y mas trémula. Dejó por un instante la pluma y sacó desu pecho un objeto que contempló largo rato con melancólica atencion. Era el brazalete de Carlota que Teresa le habia regalado por mano de Luis en aquella misma habitacion cinco dias antes.

¡ Hela aqui ! murmuró fijando sus ojos en el retrato. ¡ Tan bella ! ¡ tan pura ! ¡ para él ! ¡ toda para él !...

Sus dedos crispados dejaron caer el brazalete y un momento despues volvió á escribir. Pero era claro que sus fuerzas se debilitaban rápidamente. Sin embargo escribió sin descanso mas de una hora, interrumpiéndose únicamente para acercarse algunas veces á la cama de Luis y humedecer sus labios, como lo habia hecho Martina. Esta continuaba sumida en una especie de letargo y de vez en cuando se la

...a agitarse y tender los brazos exclamando. —¡Sab! no tengo otro hijo que tú.

El mulato la escuchaba y su mano temblaba mas en aquellos momentos: pero seguía escribiendo. La claridad del día penetraba ya por la ventana cuando concluyó su carta.

Puso dentro de ella el brazalete, cerróla, quiso rotularla, pero su mano no obedecía ya al impulso de su voluntad, y violentas convulsiones le asaltaron en el momento.

Hubo entonces un instante en que el exceso de sus dolores le comunicó un vigor pasagero. ~~El~~ Probó á ponerse en pie por medio de un largo y penoso esfuerzo, pero volvió á caer como herido de una parálisis, y sus dientes rechinaron unos contra otros al apretarse convulsivamente.

Sin embargo consiguió arrastrarse trabajosamente hasta la cama de Luis, y su mirada delirante y ardiente se encontró allí con la mirada vidriada é inmóvil del moribundo. Sab quiso dirigirle un último á Dios pero se detuvo espantado del soni-

do de su propia voz, que le pareció un eco del sepulcro.

Entonces pasaron por su mente multitud de ideas y multitud de dolores. Pensó que iba á morir tambien, y que en aquel mismo instante que el sufría una dolorosa agonía, Enrique y Carlota pronunciaban sus juramentos de amor. Luego ya no pensó nada : confundiéronse sus ideas, entorpeciose su imaginacion, turbóse su memoria; quebrantóse su cuerpo y cayó sobre la cama de Luis, bañándola con espesos borbotones de sangre que salían de su boca.

El mayoral de la estancia habia consultado al sol, su reloj infa~~lible~~le, y no dudó fuesen ya las cinco. Dejó pues preparado su caballo á la puerta de la casa, y acercándose poco á poco á la habitacion de Martina, y tocando ligeramente la puerta, para no despertar á la anciana, si por ventura dormía, llamó repetidas veces á Sab. Pero Sab no respondia. En vano fué levantando progresivamente la voz y golpeando con mayor fuerza la puerta, aplicando en seguida el oído con silenciosa atencion.

Reinaba un silencio profundo dentro de aquella sala, y alarmado el mayoral descargó dos terribles golpes sobre la puerta. Entonces ladró el perro y despertó Martina, y echó en torno suyo una mirada de terror. ¡No vió á Sab! Precipitóse con un grito hácia el lecho de su nieto. Allí estaban los dos...: Luis muerto, Sab agonizando.

Martina cayó desmayada á los pies de la cama, y el mayoral, echando abajo la puerta, entró á tiempo de recoger el último suspiro del mulato.

Sab espiró á las seis de la mañana, y en esa misma hora Enrique y Carlota recibían la bendición nupcial.

